

Más allá de los espejos, el mar y las definiciones

César López

PRIMERO LOS ESPEJOS, PORQUE OBLIGAN A LA CONSTANTE contemplación de la figura o del fenómeno, en un afán de penetrar en la verdad de la imagen, apresarla y, por lo tanto, entenderla. El mar que para los insulares es límite o apertura, puerta para partir o para no partir, esperanza y peligro. Constante acechanza. Y luego, o era tal vez antes, las definiciones.

No intentaré enunciar qué es la diáspora. Otros lo han hecho, O al menos lo intentan con ahínco. Es siempre obligatorio remitirse al griego, a los judíos, a la tierra palestina, a siglos que pueden oscilar del III al VI antes de Jesucristo, después del Éxodo. A la diseminación y dispersión de africanos casi por todo el mundo. Y ahora a los cubanos que no quieren dejar de ser cubanos aunque mucha sollicitación, con fuerza y a veces insidia, proponga el despojo.

A ese respecto me place recordar una escena de Reynaldo Arenas, *El color del verano*. Ya Gertrudis Gómez de Avellaneda ha sido resucitada y, viene conducida hacia la Isla, no va a partir, ni la chusma diligente y etcétera, sino que unos la quieren traer y otros se la quieren llevar. La poeta forcejea, se desgarrá, imagino que debe volver a morir y a ser enterrada en su tumba sevillana. La pregunta: ¿es ese el destino de cualquier acción para salvar la identidad, llegar a la amplitud unitaria y superar la diáspora? No hay respuesta. O al menos esa ruta no satisface. Breve apunte al margen y reconocimiento a tanto esfuerzo.

Claro que la separación, el desgarramiento, la sajadura que surge de esa circunstancia desperdigada no se resuelve fácilmente. Sin embargo, la insistencia puede ayudar a la comprensión y al entendimiento.

Porque, en nuestro caso, y en los casos anteriores e históricos, ha ocurrido ese desbordamiento y ahora se trataría

de contenerlo, extraño dique, cultural en primera instancia, pero sin que lo cubano pierda su gracia, fuerza y vigor.

Ya estoy, estamos, en la poesía, como creación amplia y constante. La Poesía. Y naturalmente los poetas. Donde quiera que se encuentren y donde quiera que trabajen. No importa que caigan en contradicción o petición de principio. He negado los espejos, el mar, las definiciones. ¿He negado los espejos, el mar, las definiciones?

Más bien ha habido un cambio de enfoque, giro, reforzamiento del punto de vista. Cubanía exaltada.

Las respuestas, explicaciones a por qué se da la diáspora, Cuba y cubanos, claro está, son múltiples y variadas. Y ahora lo que importa es que se dio, se da y parece que se seguirá dando. Aceptada la amplitud de la cubanía, con el rechazo de extremismos fanáticos y fundamentalistas, limitémonos a un sólo aspecto y sirvan estas palabras de recordatorio y homenaje. Porque la salida responde a motivos, claros y oscuros, simples y complejos. Y en este caso, en estos casos, todo viaje ha sido provocado. Aunque aparentemente pueda parecer lo contrario y se quiera poner el acento en una responsabilidad o en otra.

Entro en el tema, un poco amañado y con gran interés de mi parte. En 1994 se celebró en Madrid un encuentro de poetas cubanos a propósito de los cincuenta años de la fundación de la revista *Órigenes*¹. Los bardos llegaban de casi todas partes, digo, es un decir, más allá o tal vez más acá de la figura paradigmática y tutelar, omnipresente en aquellos días, de Gastón Baquero, se movían creadores con las mejores intenciones y el mayor afán lírico, épico, metafórico o coloquial.

En una jornada aparecieron en mesa más o menos redonda Manuel Díaz Martínez, Pablo Armando Fernández, Heberto Padilla y quién les habla, con el novelista y editor de casi todos los allí presentes, J. J. Armas Marcelo, quien por cierto —y con mucho humor, tino y polisemia referencial tiempo y espacio— dijo que nos encontrábamos en la Sala Francisco de Miranda, de la apreciada Casa de América en Madrid, y no en la Sala Bolívar —donde en realidad estábamos—... algún que otro despistadillo y petulante comenzó a pasar papelitos para deshacer el supuesto entuerto errático. La complicidad hizo sonreír a más de dos.

Pues bien, allí se puso de manifiesto la falacia de las dos orillas separadas y opuestas, a pesar de los esfuerzos de dos orillas de otra índole, nada poéticas y poco cubanas, que pugnaban por ignorar y se empinaban para separar. No

¹ El autor se refiere al seminario «La Isla Entera», organizado por la Secretaría de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, que se celebró del 21 al 25 de noviembre de 1994 en la Casa de América de Madrid, con la participación de Gastón Baquero, Guillermo Rodríguez Rivera, Manuel Díaz Martínez, Rafael Alcides, Felipe Lázaro, José Prats Sariol, Alberto Lauro, Cleve Solís, Mario Parajón, Jorge Luis Arcos, Efraín Rodríguez Santana, Pablo Armando Fernández, César López, Orlando Rodríguez Sardiñas, Heberto Padilla, Enrique Saínz, Pío E. Serrano, José Kózer, José Triana, Reina María Rodríguez, Nivaria Tejera, Bladimir Zamora y León de la Hoz. Durante este encuentro de escritores se gestó la fundación de la revista *Encuentro de la cultura cubana*, a propuesta de Jesús Díaz y con el apoyo de la mayoría de los asistentes, que han sido colaboradores habituales de la revista desde su primer número, publicado en el verano de 1996, gracias al patrocinio de la Agencia Española de Cooperación Internacional.

sólo hablar, sino también hacer, caracterizó aquel encuentro, matizado de anécdotas, remembranzas y a veces lágrimas.

Por eso estas líneas suponen un reconocimiento al poeta cubano Heberto Padilla y una voluntad de borrar el escenario a que tantas veces ha sido sometido. Fuera el ensañamiento perpetuado contra él y muchos otros. Dicho en la hora de muerte que puede tener también de transfiguración.

Todavía no se han aclarado todos los recovecos del malhadado caso. Pero tal vez se esté, ya, y no desde este instante, en el camino de la salvación de la Poesía por la Patria y de la Patria por la Poesía. O son una las dos. Incluida la noche con todo su misterio de universo

Traslación del tiempo y el espacio en un texto: «Ya viene el tiempo de la Hila/ Y el animal/ ventendo lo adivina/ lo escucha entrar/ desde los campos viejos./ Ya viene el tiempo de la Hila»

Ese bíblico alzar los ojos para mirar las regiones que están listas para la siega. Lo que permitió al poeta prever un lírico destino dentro y fuera de su isla como un puente que salva diáspora y otros entendidos y malentendidos, andaba por Grecia, pensaba en Cavafy, que por cierto casi nunca estuvo en Grecia, oh, Alejandría, y que entonces en los iniciales años 60 no estaba de moda y por lo tanto no era sometido al uso y al abuso de perversiones políticas confesables e inconfesables. Dice Padilla: «cuando volvía de otras ruinas,/ estaba el campo mudo/ y el bosque amarillento/ siempre al final de los caminos»... «como un desastre».

Esa mañana de la historia, de su historia en el poema que en la infancia de William Blake le advierte que no abra la puerta. No llames. «Y aclara que al cobarde hay que dejarlo en la otra orilla» ¿De qué orilla se trata? ¿Es aquella de la que hablábamos antes? Es, tal la orilla orillera y sucia, miserable, de quienes quieren arrancarte de tu Isla y te obligaron a la terrible confesión, hablándote a ti mismo: «No puedes recordar más que voces difíciles»... «Contra mí testimonia un inspector de herejías». Época.

Ya eran tiempos difíciles. Pero en *Fuera de juego* también lo había afirmado: «Yo vivo en Cuba. Siempre he vivido en Cuba». A esa carta nos aferramos, con todos sus riesgos y peligros... Y sus amigos no deberían exigirle, no deberían exigirle, no deberían exigirle sino más bien permitirle, como en Lezama verdeante que se vuelva. Reitérese la petición. «Y ensayemos Shakespeare, niños; nos ha enseñado muchas cosas».

Que su hora vendrá, y está llegando y ya le hace una seña en la escalera. Hora para el poeta y para los poetas y para las criaturas que no leen poesía y para las que leen poesía. Y si, como he afirmado más de una vez, y aquí mismo con insistencia machacona, Patria es Poesía y Poesía es Patria, para nosotros resulta una obligación doble, poética y patriótica a un tiempo, reconocer la integración de lo cubano y de los cubanos en la salvación de la diáspora y en la acción de borrar lo borrable y roñoso para escribir lo perdurable. Salvación por la palabra y por los hechos ligados a ella. Para hablar, poeta Heberto Padilla «atravesados como estamos por una historia en marcha» y no tener que tirar nada por la borda. En la inquieta alegría de lo diferente que también nos une.